

Jaime Ostos:

“No sé qué es el miedo”

“En este agosto de 1960, Ostos realiza una de las faenas de muleta más prodigiosas que he presenciado en mi vida. Recuerdo a un toro literalmente embrujado por el hombre y que embestía... y volvía a embestir, con el morro bajo, imantado por el paño que, acariciando la arena, se deslizaba ante sus ojos... Recuerdo un toro negro, una tela roja y una figura vestida de oro, y la masa negra, la tela roja y la silueta de oro componían una geometría que se hacía y deshacía con angustiosa lentitud... y que volvía a componerse con una matemática precisión... y que se abría como una flor monstruosa, y que se cerraba como una flor carnívora...que respiraba con el flujo y reflujo de un mar inmortal”.
Las Orejas y el Rabo, Jean Cau.



Texto: José Ignacio de la Serna Miró
Fotos: Cano, Martín y Beret

Pregunta | La fotografía que figura junto a estas líneas, en el túnel de cuadrillas de la Monumental de Las Ventas, fue tomada en 1962, ¿la conocía?

Respuesta | No, no la conocía y mira que tengo fotografías en casa, pero ésta no la había visto nunca. Tienes que hacerme una copia, es preciosa.

Es original y torera, ¿qué hace sentado en una silla?

(Risas) ¡Eso digo yo! Aunque la pregunta es qué hace ahí una silla.

¿Qué le transmite?

La preocupación y la incertidumbre que se sienten antes de torear. La mirada perdida, ausente de todo lo que me rodea, abstraído en mis pensamientos. Sin embargo hasta que me vestía de torero me gustaba el cachondeo, la broma, pasar un rato distraído con los amigos. Pero cuando mi mozo de espadas decía que era la hora, todo el mundo fuera de la habitación. Entonces no hablaba con nadie.

El miedo es un fiel compañero...

¿Miedo? Jamás he sentido miedo. En serio, no sé lo que es. Yo deseaba torear, disfrutaba mucho torear, aunque tuviera un alto sentido de la responsabilidad. Pero miedo, en la vida. Y mira que me han pegado los toros. Con miedo no se puede torear. Como mucho te puedes defender. Pero para torear hay que estar feliz y contento. Y con esto no quiero decir que haya sido un torero valiente. Simplemente no conocía el miedo.

El miedo nace del instinto de conservación y nos ayuda a enfrentarnos a situaciones de riesgo, pero no depende de la voluntad, sino del inconsciente.

El miedo te nubla la cabeza, anula las facultades de decisión y yo he sido un torero plenamente consciente de todo. Una tarde en Sevilla un toro me pegó una cornada que me atravesó el muslo y lo primero que hice fue hacerme un torniquete y pedirle al presidente que me echara el segundo, pero no me hizo caso. Aguanté en el ruedo hasta que llegó mi turno y le corté una oreja. Después de la famosa cornada de Tarazona volví al mismo sitio y corté cuatro orejas. También era una cuestión de vanidad, me gustaba sentir la admiración de la gente. Pero sobre todo era el placer y el disfrute que experimentaba toreando. Deseaba ser torero por encima de todo.

Dicen que en el toreo el que es humilde es porque no puede ser otra cosa.

La humildad se demuestra respetando la profesión. Y luego, que cuando llegues al hotel tengas la conciencia tranquila por haberlo dado todo en la plaza, que estés seguro de no haber podido hacer más. En el toreo se puede ser orgulloso y humilde a la vez.

Volvamos a los orígenes: usted iba para piloto. Cierto, y llegué a pilotar un avión en veinticuatro ocasiones.

Con ese valor estarían buenos los pasajeros... (Risas). Mi familia no era aficionada a los toros y al contrario que otros compañeros no fui torero por necesidad, sino por afición. Mis antepasados eran judíos y cada uno tiró para un lado. Uno se fue a México, otro a Santo Domingo y un tercero se quedó en España, en Andalucía, y de esta última rama procedo yo.

Gente aventurera...

Bueno, siempre he dado la cara ante la adversidad. Lo llevo en los genes. Si he pecado de algo ha sido de *honrao*. Mi padre decía que con esa forma de ser nunca sería torero, porque pensaba que para conseguirlo había que ser más hipócrita. Y yo no he mentado nunca. Cuando ha llegado la hora he reconocido mis propios errores y jamás he creído estar en posesión de la verdad.

¿Qué tiempo estudió aviación civil?

Tres años, desde los diecisiete a los diecinueve. Luego, cuando le confesé a mi padre que quería ser torero me echó de casa, siendo un chaval. "Yo sólo mantengo a gente que estudia", dijo. Entonces me fui con la hermana de mi madre, que no tenía hijos, a Sevilla. Me quería mucho y allí me cobijé. En ese sentido he sido la oveja negra de la familia.

¿Y cómo surge la afición?

Pues gracias a mis compañeros de clase, porque algunos eran hijos de ganaderos. Un día me invitaron a una capea y después de ponerme delante de una mamona ya no quise otra cosa que ser torero. En Sevilla em-



pecé a relacionarme con gente del toro, aunque seguía estudiando. La primera vez que asistí a un festejo taurino fue una novillada en Córdoba, con doce años. Fui en bicicleta. Entre Écija y Córdoba hay más de cincuenta kilómetros.

“No pasaba un día sin que necesitara abrazar o besar a mi madre”

Pues creo que en Ecija disfrutan de una agradable temperatura...

Por algo la llaman la sartén de Andalucía. He visto a los pajarillos caer desplomados de los naranjos, con el pico abierto, así, muertos de calor. En el 'Nodo' hay un reportaje donde un tío, en plena calle, fríe dos huevos en un banco donde se sienta la gente. No te digo más.

Ahora que dice lo de los huevos, ¿por qué a José Ignacio Sánchez Mejías, su apoderado e hijo del llorado torero Ignacio Sánchez Mejías, le llamaban 'huevo frito'?

Porque todos los días se comía como mínimo cinco o seis. Le encantaban.

¿Cómo era José Ignacio?

Muy simpático y buena gente. Pero tenía un defecto: todo lo que tenía en el bolsillo se lo gastaba.

Sería suyo.

Una veces sí y otras no. Por eso salimos tardando, porque las cuentas no salían.

¿De dónde nacía esa seguridad en sí mismo?

No lo sé... Pero la primera vez que fui a una corrida de toros como aficionado supe al instante que yo era capaz de ser torero. Lo que hacían ellos lo podía hacer yo. Estaba seguro.

¿Y cómo andaba de afición?

¡Enorme! Una tarde corté cuatro orejas y un rabo en Jerez de la Frontera y al terminar la corrida un grupo de amigos organizaron una fiesta para celebrar el triunfo, pero como en mi vida he fumado ni he bebido me pregunté qué hacía allí, a una hora de mi casa. Así que el dije al chofer que acercara el coche a la puerta y me marché a Sevilla. Cuando llegué, mientras mi tía preparaba algo de cenar, empecé a torear de salón, ¿qué te parece?

Que alguna señorita le echaría en falta...

He sido y soy un gran admirador de la mujer y te puedo asegurar que la fuerza interior que necesitaba para torear la encontraba en ellas. Si no hubiera mujeres en una plaza de toros no habría sido torero. Hasta ese punto me gustaban. Era mi único vicio: estar con mujeres guapas.

¿Tenía éxito?

Sí, mucho, ten en cuenta que era alto, moreno, delgado y tenía una cintura de avispa. Además era simpático y educado. Todo un caballero. En mi época los que teníamos más éxito con las mujeres éramos Luis Miguel Dominguín y yo.

¿Y Ordóñez?

Ordóñez era más pastueño (Risas). Creo que la pasión por las mujeres me viene de mi madre, que ha sido la persona que más he querido en este mundo. No había un solo día en que no necesitara besarla o abrazarla, tenerla a mi lado. Su muerte fue el golpe más duro que he recibido en la vida. Me hubiera gustado pasar más tiempo con ella.

Los lazos afectivos que unen a los toreros con la figura materna son bien conocidos...

Ella es la única persona que daría su vida por ti. Los padres son otra cosa, pero las madres... Su amor es puro, limpio e incondicional. Por eso cuando me fijo en una mujer no puedo evitar pensar en la madre que lleva dentro, de ahí mi admiración y respeto. Se trata de algo más profundo que su belleza.

La sensibilidad femenina, ¿puede ablandar al torero?

Al contrario, los sentimientos puros fortalecen el alma.

Alguna le habrá quitado los pies del suelo.

¿A mí? Nunca, bueno, sí, una después de casado...

¿Hablamos de la espada?

Con la espada he sido de los mejores de la Historia. Llevaba siempre la de verdad, incluso en los tentaderos, porque cuando un toro te pide la muerte da igual en qué terreno se encuentre. En los medios se matan de maravilla. La muleta abajo, al hocico, el estaquillador entre las pezuñas y situado entre los pitones, en medio del testuz. Y atacar con lentitud sobre el morrillo. Así se matan los toros. Otro que mataba bien era Camino, pero Paco no tenía continuidad. También El Viti ha pasado a la Historia como un gran matador, y no lo era. Era eficaz, pero no buen estoqueador. Lo que tenía era un temple especial.

Como se entere El Viti...

¡Pero si se lo he dicho a él!

Al hablar de la suerte suprema parece que el éxito de su ejecución depende exclusivamente de la técnica, de mecanizar una serie de movimientos, pero todavía no he escuchado a nadie decir que esa suerte hay que sentirla igual que se siente una verónica, un pase de pecho o una chucuelina...

Estoy totalmente de acuerdo contigo. Para hacer la suerte como Dios manda hay que sentirse muy hombre y muy torero. Es un instante de una belleza incomparable.

Antes ha mencionado a Camino y a El Viti, pero en su época hay un torero realmente interesante: Juan García Mondeño. ¿Es cierto que guarda ciertas similitudes con José Tomás?

¡Muchísimas! Mondeño ha sido la bondad y la sinceridad personificada. Como torero me encantaba. Tenía una personalidad única y un carisma que seducía a la gente. Un periodista y reportero francés, llamado Jean Cau, que me acompañó durante toda la temporada de 1960, recogiendo impresiones para su libro *Las Orejas y el Rabo*, decía que Juan toreaba con "esa angustiada quietud cordobesa".

Hablemos de Julio Pérez El Vito, su banderillero de confianza.

Tengo el honor de decir que el banderillero que menos ha estado en mi cuadrilla ha sido veinte años. A algunos los conocí de tapia en los tentaderos y se retiraron conmigo. El Vito era un torero con una moral arrolladora. Con los palos se quedaba clavado en la cara del toro al salir de la suerte y luego se iba andando con majeza y torería. Con el capote había uno de Alcalá de Guadaíra que lo llevaba siempre a las plazas importantes, porque me gustaba antes de coger la muleta que le pegara dos capotazos por cada pitón, para verlo. Se apodaba *El Noli* y era un extraordinario torero.

¿Necesitaba Ostos que le jalearan desde el burladero?

La primera vez que uno se atrevió a decirme lo que tenía que hacer me fui derecho al burladero, le ofrecí la espada y la muleta y le dije que si era capaz se pusiera delante del toro.

En 1962 fue triunfador de la Feria de San Isidro, cortó cuatro orejas en tres tardes y abrió la puerta Grande. En total fueron veintinueve paseillos los que hizo en Las Ventas, ¿no son pocos para una figura del toreo?

Ten en cuenta que en mi época la Feria constaba de doce o trece festejos y yo toreaba tres tardes. Así que en Madrid siempre daba la cara. Ese año venía de cortar cuatro orejas en la Feria de Abril de Sevilla. Después de Madrid sumé setenta y nueve corridas y compartí el primer puesto del escalafón con Diego Puerta, a pesar de que en la Feria del Pilar de Zaragoza un toro me pegó una cornada. Unos años antes, en el 58, cuajé una de mis mejores faenas en Las Ventas, en un palmo de terreno, a un toro de Juana Cervantes. Que yo recuerde en Madrid nunca me han chillado. Cuando montaba la espada se hacía el silencio en la plaza. Los toros caían *rodaos*.

Y con los trastos, ¿cómo era?

Con el capote era rondeño y con la muleta, puro y poderoso.

¿Qué buscaba artísticamente en el toreo? Disfrutar y no defraudar al público

En el plano económico ¿era ambicioso? Para nada, sólo me preocupaba la ganadería y los compañeros. Me gustaba mucho lo de Graciliano, le decías ¡je! y embestía cinco veces seguidas. Lo de Núñez, por ejemplo, nunca me gustó y sin embargo a Ordóñez le encantaba. El ganadero Antonio Pérez no quería que matara sus toros, porque cada vez que uno me tropezaba me pegaba fuerte.

¿Dónde sufrió la primera de sus catorce cornadas?

En el campo, tentando unos machos, precisamente en lo de Carlos Núñez. Me pegó una



“Cuarenta y siete años después me sigo curando la cornada de Tarazona”

cornada en el cuello. Me metieron un pañuelo en el boquete y me llevaron a Jerez.

¿Se asustó?

No, porque sabía que me iba a recuperar. Siempre lo pensaba cuando uno me echaba mano. Estoy convencido de que todo lo que nos ocurre en la vida está escrito incluso antes de nacer. Ahora recuerdo el famoso relato del escritor Jean Cocteau, *El Gesto de la Muerte*, donde un joven jardinero persa se encuentra cara a cara con la muerte y asustado le pide a su príncipe que le preste un caballo para escapar a Ispahán. Más tarde el príncipe habla con la muerte y le pregunta por qué ha amenazado a su jardinero y ésta le responde que no fue un gesto de amenaza



sino de sorpresa, pues tenían que encontrarse esa noche, lejos de allí, en Ispahán. El jardinero murió en su huida al caerse del caballo.

Está bien...

He sufrido dos accidentes aéreos, con muertos. Y aquí estoy.

¿Es religioso?

Creo plenamente en Dios.

¿Y la muerte...?

La muerte es como quedarte dormido. Nada más. Aunque siento una enorme curiosidad por saber que hay después de esta vida. Pero el hecho de morir no me da miedo. Lo único que me preocuparía es que unos se quedarán y otros no. Eso no lo entendería. Una tarde en San Isidro, dando la vuelta al ruedo vi a un amigo saludarme desde el tendido. Con la mano le hice un gesto, indicándole que después de la corrida fuera al hotel donde me vestía. En aquel momento de euforia apenas le di importancia al hecho de verlo en el tendido pero en la ducha me quedé horrorizado al reparar que mi amigo había muerto hacía un par de meses... ¿Quién era aquella persona? ...

Tras la muerte de mi madre, que me llenó de rabia, de soberbia y de impotencia por no po-

der evitarlo, una noche entre sueños abrí los ojos y la encontré durmiendo placidamente a mi lado, justo en la misma habitación donde había muerto. Al despertarme comprendí que aquella visión había sido fruto de mi imaginación, una ilusión, pero luego advertí que la cama estaba deshecha... En Tarazona de Aragón, en 1963, antes de que un toro de Ramos Matías me partiera la vena iliaca, un tío en barrera no paraba de protestar. Me increpaba a voz en grito. Entonces levanté la mirada y vi en su rostro una calavera. Estas experiencias me han obligado a pensar que hay más allá.

Si la enfermería de Aguascalientes donde atendieron a José Tomás dicen que se encontraba en una situación precaria, no quiero imaginar la de Tarazona hace casi cincuenta años...

La de Aguascalientes estaba en perfectas condiciones. Eso no es verdad. El médico que atendió a José Tomás así lo ha confirmado. Han exagerado un disparate. A mí me metieron donde comía el conserje. Perdí el conocimiento y no desperté hasta diez días después. En la plaza la sangre me saltaba por encima de la cabeza. Ahí están las imágenes para demostrarlo. Según me contó Ángel Peralta, que fue quien me hizo el torniquete, el doctor Val Carreres dijo que Ostos estaba muerto y que él no me-

tía allí las manos. No había sangre, ni medios ni nada. Me transfundieron sangre con una jeringuilla, hasta trescientas me metieron. Dada la extrema gravedad de la cornada me dieron la extremaunción, tras varios días postrado en una camilla. No se atrevían a moverme de allí. Luego durante seis meses un médico estuvo durmiendo a mi lado porque tenía la pierna negra y existía un altísimo riesgo de que se gangrenara. Ahora, cuarenta y siete años después, me sigo curando la cornada de Tarazona. Por eso cuando dijeron que a Tomás le había roto la Iliaca y que a los dos días se había puesto en pie, supe que no era verdad. Es imposible. Y lo que te decía antes del destino de las personas: yo no iba a torear a Tarazona.

Cuéntenos su famoso brindis a Lozano Sevilla, taquígrafo personal del Generalísimo, durante una retransmisión en directo de una corrida de toros en Marbella.

A Lozano Sevilla le pagábamos los toreros del momento dos millones de pesetas por temporada, para que nos pusieran bien. Pero por lo visto al señor le parecía poco y un día apareció el niño, su hijo, que era un chico muy guapo que se pasaba las horas muertas jugando en el casino, y me dijo que su padre quería más dinero. Bueno, dije, a la vuelta de América hablamos. Pero mira por donde a mi regreso me entero de que la información que había dado de mi temporada americana nada tenía que ver con lo sucedido. A veces incluso ni me nombraba después de cortar las orejas. Así que le hice saber que ni un duro más. Y empezó a darme leña. Esa tarde de la que hablamos, aprovechando que estaban las cámaras de TVE, le dije que si quería dinero de los toreros se pusiera el vestido de torear y que dejara de robarnos. ¡Nos exigía cuatro millones a los de primera fila! Franco lo apartó de inmediato. Lozano Sevilla me puso una querrela pero como tenía pruebas gané el juicio.

En los últimos años le hemos visto con frecuencia en un plató de televisión, envuelto siempre en polémicas, ¿considera que ha podido enturbiar su imagen como torero?

Las personas que me conocen saben cómo soy. He hecho el bien a muchísima gente. Pero no soy falso y siempre voy por derecho. Me considero una persona íntegra, por eso no puedo tolerar que ciertos personajes sin escrúpulos ni principios me insulten y me falten el respeto. Por desgracia hoy todo vale. Se metieron con mi mujer y, amigo, ahí sí soy un león. ¡Pero usted qué coño sabe de mi vida, usted qué sabe quién soy y de dónde vengo! ¿Y toda esa maldad por ganar dos duros? Sólo he querido defenderme y poner las cosas en su sitio. Pero ya lo pagarán. Estoy orgulloso de tener un montón de amigos.